

COLECCIÓN ENTRE PIEDRAS, 19

EL PALACIO DE MINOS EN CNOSOS

Colección *Entre piedras*
bajo la dirección
de
José Miguel Parra Ortiz

PAVSANIAS

Viajes arqueológicos y culturales

© Título original: *A Handbook to the Palace of Minos at Knossos*, publicado por:
Macmillan & Co., Limited St. Martin's Street, London 1933

© De la presente edición, Ángel Carlos Aguayo Pérez

© de la traducción: Elena Magro y Ángel Carlos Aguayo Pérez, 2023

© de la edición, prólogo y notas: Ángel Carlos Aguayo Pérez, 2023

© Confluencias, 2024

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-126780-6-2

Depósito Legal: AL 368-2023

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOHN D. S.
PENDLEBURY

EL PALACIO
DE MINOS
EN CNOSOS

Prólogo de
Arthur Evans

Introducción y edición de
Ángel Carlos Aguayo Pérez



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, Los mitos nunca mueren, los héroes tampoco, por <i>Ángel Carlos Aguayo Pérez</i>	9
PRÓLOGO, por <i>Arthur Evans</i>	23
EL PALACIO DE MINOS EN CNOSOS	
John D. S. Pendlebury	
I. Prefacio	31
II. Historia arquitectónica del palacio	41
III. El palacio	65
IV. Dependencias del entorno palatino	103
EPÍLOGO, Carta abierta a John D. S. Pendlebury, por <i>Ángel Carlos Aguayo Pérez</i>	123
AGRADECIMIENTOS	135
ÁLBUM FOTOGRÁFICO	139

INTRODUCCIÓN

LOS MITOS NUNCA MUEREN, LOS HÉROES TAMPOCO

Muéstrame un héroe y te escribiré una tragedia

Francis Scott Fitzgerald

El libro que tienen en sus manos es una reliquia arqueológica. Y aun así, transcurrido tanto tiempo desde que se publicara en 1933, sigue siendo de las mejores compañías a la hora de recorrer uno de los yacimientos más famosos del mundo: Cnosos. La utilidad como hilo de Ariadna con el que moverse por el laberinto del minotauro fue la pretensión de quien lo excavase, sir Arthur J. Evans, cuando encomendó redactar esta primera guía del sitio a quien fue su segundo conservador, John D. S. Pendlebury.

También es la nuestra ahora al arriesgarnos a editarlo.

La editorial Confluencias y la agencia de viajes Pausanias tienen en común el moverse *entre piedras*: la una, por su homónima colección literaria encabezada por algunos protagonistas del inspirador y vocacional libro de C. W. Ceram *Dioses, tumbas y sabios*; la otra, dado el medio natural de su quehacer por las ruinas de la antigüedad. Nuestra idea de añadir un nuevo volumen a la mentada serie bibliográfica pareció acertada a ambas puesto que la isla del mítico rey Minos es uno de nuestros destinos más queridos y demandados, a lo cual se añade que en el momento de emprender este proyecto se cumplía el octogésimo aniversario de la muerte de su autor durante la Segunda Guerra Mundial defendiendo Creta contra la invasión de los paracaidistas alemanes.

Es nuestra voluntad que con estas páginas cualquiera que vaya a Cnosos comprenda la importancia del enclave que va a recorrer y por qué sigue atrayendo a miles de personas cada año, haciendo del lugar el segundo más visitado de Grecia tras la inevitable Acrópolis ateniense. Aunque las palabras de Pendlebury tuvieron una clara vocación divulgativa, hemos considerado necesario acompañarlas de un aparato crítico destinado a explicar ciertos términos que, quizá, pudiesen resultar extraños al común (¡en ocasiones se diría que daba por hecho que todo

el mundo, como él, había estudiado arqueología en Cambridge!), así como a glosar algunos datos para actualizarlos. Pero a fin de no embarullarlo todo con larguísimas notas más o menos eruditas y pesadas, la extensión máxima de éstas se limita a los 280 caracteres de un moderno *Tweet*.

Somos conscientes de que los conocimientos sobre la Edad de Bronce en el Mediterráneo oriental, por fortuna, se han visto engrandecidos desde los años treinta de la pasada centuria. Malo sería para la disciplina que, habiendo llovido tanto, no se superaran parte de los saberes aquí recogidos, pero, salvo algunas apreciaciones puntuales, en esencia, el contenido no ha quedado obsoleto, sino acaso enriquecido, aquí y allá, por nuevas e interesantes perspectivas.

El palacio de Cnosos fue excavado por Evans en su práctica totalidad desde 1900 a 1905, décadas antes de la confección de este escrito cuya finalidad era la explicación de sus ruinas y reconstrucciones —las mismas entonces que ahora— a los incipientes turistas que ya se dejaban caer por aquel paraje de resonancias mitológicas a las afueras de Heraclión. Desde aquel entonces, incluso el yacimiento ha cambiado. Varios de los espacios descritos en el libro ya no son accesibles al público, razón por la cual esta lectura, pese a su naturaleza sintética, complementa de manera sustantiva la experiencia ordinaria que se tiene en el palacio. Y sí, seguimos empleando este controvertido término pese a que en nuestra lengua

—y en el inglés original— parezca implicar intrínsecamente la presencia regia (y/o aristocrática) entre sus muros, mas no tanto por la convicción de que esto debió de ser así como por convención y respeto al espíritu de la época en la que se alumbró el texto.

Llegados a este punto, estimamos oportuno realizar una breve semblanza de su artífice con el firme convencimiento de que el valor de esta obra se acrecienta si quien da cuenta de ésta posee algunas pinceladas acerca de su particular figura.

John Devitt Stringfellow Pendlebury (Londres, 12 de octubre de 1904 – alrededores de Heraclión, 22 de mayo de 1941) perdió un ojo a los dos años de edad en circunstancias no esclarecidas, pero esta merma —que ocultaba con una prótesis— no pareció acomplejarle, todo lo contrario. El reverendo F. P. David, quien fuera su maestro en la elitista escuela de Winchester, donde se educase de 1918 a 1923, dejó constancia de la desmesurada energía mostrada por aquel niño de innatas dotes de liderazgo que anhelaba destacar en todo, empezando por la gimnasia. Antes de ingresar en el Pembroke College de Cambridge para estudiar arqueología ya había viajado a Grecia en unas vacaciones y leía con soltura a los clásicos, sin traducir. Con respecto a la otra pasión que dividía sus querencias intelectuales, Egipto, no tardó en aplicarse al aprendizaje de los jeroglíficos para poder prescindir de traducciones ajenas, siempre fue un hombre de ideas propias. Mientras tanto, participaba

en el grupo de teatro, fundó una sociedad literaria regida por un romántico código de caballería medieval creado por él mismo y, *mens sana in corpore sano*, batió el récord en salto de altura de su universidad, vigente desde 1876. En una ocasión, de hecho, adelantó a la carrera a los atletas que más tarde inspiraron la película *Carros de fuego*. También practicaba esgrima y terminó haciéndose con un bastón estoque que devendría su característico atributo, como el ojo de cristal.

En 1927, concluidos sus estudios con distinción, obtuvo una beca de la Escuela Británica en Atenas. En una carta dirigida a su progenitor —había perdido a la madre durante la infancia y, como refleja el prolijo epistolario entre ambos, su vínculo era devocional— se quejaba del ambiente estirado que imperaba en la institución: «ojalá no fueran todos tan profundamente doctos». No obstante, allí conoció a una colega trece años mayor que él, Hilda White, con la que no tardó en desposarse —pasaron su luna de miel en Micenas, alojándose en la mítica pensión *Belle Helene*— y, más adelante, traer al mundo a la prescriptiva parejita, David y Joan. Juntos peregrinaron a los canónicos yacimientos continentales antes de dirigirse a Creta, donde el entusiasmo, perspicacia y erudición del joven llamaron enseguida la atención de Arthur Evans, aunque no permitió que la pareja se alojase en la «casa de soltero» [sic] que se había hecho construir junto a las ruinas del palacio, la famosa Villa Ariadna. En cualquier caso, fue a partir de este momento cuando su vida quedó ligada a la isla para la eternidad.

Aunque en 1928 ya se había estrenado en el trabajo de campo junto a Walter Heurtley en las excavaciones de Loumbès (Macedonia), sería en Cnosos donde comenzara a labrarse su reputación como arqueólogo. O la mitad de ésta, ya que pocos meses después, como si la nueva civilización que estaba aflorando en la isla de Minos le resultara insuficiente, se unió al equipo de la *Egypt Exploration Society* poniéndose a las órdenes de Henri Frankfort en Armant y, la otra media campaña, en Tell el-Amarna, la antigua Ajetatón, capital del faraón hereje, Ajenatón (nacido Amenhotep IV, allá por el siglo XIV a. n. e.). Fruto de esta simbiosis de intereses fue su prístina publicación académica de envergadura, *Aegyptiaca*¹ (1930), un necesario estudio catalográfico de los materiales procedentes del Nilo recuperados en el área del Egeo, destinado a ayudar a establecer cronologías comparadas entre ambas regiones para datar con mayor precisión los contextos anepigráficos. Dicha contribución no fue superada hasta el 2008.

En 1924 Evans anunció públicamente la cesión del terreno de Cnosos a la Escuela Británica, pero continuaba ejerciendo su firme autoridad sobre el yacimiento. Prueba de ello es el ofrecimiento de la conservaduría de Cnosos a Pendlebury en mayo de 1929. Aunque existía respeto recíproco entre ambos,

1 La práctica totalidad de su producción científica se encuentra digitalizada y accesible en Internet Archive o en la web de la biblioteca de Heidelberg.

la relación siempre fue oscilante. Aquel estaba acostumbrado a mandar en lo que consideraba *su* palacio —costeó la práctica totalidad de la excavación y reconstrucciones hasta arruinarse— y a sus *sirvientes*, pero a diferencia de su predecesor en el cargo, Duncan Mackenzie, el nuevo custodio no se plegaba a todas las exigencias del jefe, incluso discrepaba del «pequeño Arthur», como a él se refería con sorna en sus cartas. En una de éstas, fechada en mayo de 1931, afirma sobre el mismo: «está peor que nunca —contaba ya 79 años—, y lo cierto es que no sé cómo vamos a aguantarlo un año más».

Una de las primeras labores que se le encomendaron fue la de ordenar e inventariar las más de 2000 cajas que contenían los miles de fragmentos cerámicos exhumados durante las excavaciones a fin de crear una referencia que sirviese a los investigadores para ubicar los hallazgos en los sectores concretos donde fueron encontrados. *A guide to the Stratigraphical Museum in the Palace at Knossos* (1933), hoy día, tiene un inestimable valor, puesto que una significativa parte de los fragmentos desaparecieron en el curso del sucesivo conflicto bélico que vivió Creta en los años cuarenta —¡o las etiquetas de madera que los clasificaban se pudrieron!—, pero al menos se tiene constancia del número de elementos por cada nivel y cuál era su naturaleza. Aquel mismo año también mandó a la imprenta la breve guía que ahora les presentamos, *A Handbook to the Palace of Minos at Knossos, With Its Dependencies*.

Si el vigor vital para realizar a la vez tantas sesudas empresas les parece envidiable, háganse cargo de que, además, desde 1930 las simultaneaba con la dirección de las excavaciones de Tell el-Amarna y lo hizo a lo largo de seis temporadas consecutivas, presentando tras cada una el prescriptivo informe de lo realizado. En su opinión, el mayor pecado de quienes se dedicaban a la arqueología era no dar a conocer el resultado de sus labores –cosa demasiado frecuente aún en nuestros días–, y no sólo al resto de la comunidad científica sino también a la sociedad a la que en última instancia se deben, la receptora de la cultura. Con tal fin, en 1935, puso en negro sobre blanco una pequeña guía del yacimiento egipcio similar en objeto y contenido a la de Cnosos. Recoge Imogen Grundon en la portada de la biografía de referencia que existe sobre nuestro personaje –*The Rash Adventurer: A Life of John Pendlebury* (Libri, 2007)–, una icónica fotografía de aquellos tiempos en el desierto luciendo sobre su torso desnudo un antiguo pectoral de cuentas. En su pose, desafiante y bravucona, creemos entrever a aquel actor de la época universitaria tras haber descubierto el mayor tesoro de su vida: un oficio divertido². ¡Y aún sacaría tiempo para aprender el *tabbti* o esgrima de palos egipcia!

2 Vid. en el canal de YouTube de la *Egypt Exploration Society* un vídeo de aquella dichosa época (*Excavations at Amarna Part 1: John Pendlebury, archaeologist, athlete and comic*).

Mientras tanto, en Creta, asistía a Evans en las últimas intervenciones del entorno palatino, pero cuando la Escuela Británica le exigió exclusividad en 1934, renunció al cargo de conservador. Desde su llegada a la isla había errabundeado con vistas a la composición de una monografía que sintetizara los conocimientos de su patrimonio arqueológico, pero a partir de entonces, gracias a su excelente condición física, se entregó en cuerpo y alma a la prospección de la totalidad de yacimientos consignados en las páginas del que ha venido a considerarse su mayor legado, *The Archaeology of Crete. An Introduction* (1939)³, que dedicó a su esposa. Lejos de hacer un refrito de sus predecesores, el asendereado (*Johnny Walker*) Pendlebury decidió realizar su ciclópica autopsia para formarse una opinión independiente del medio y sus asentamientos a lo largo de los siglos. Ahora bien, cabe destacar que en el texto no sólo encuentran cabida contenidos referentes a los vestigios materiales del pasado, sino que también se consigna un variopinto acúmulo de datos recabados durante sus caminatas sobre el medio físico —puertos, trochas, distancias a pie (contrastadas) etc.— que bien pudieran aprovecharse para un informe de inteligencia militar, como fue el caso. A fin de perfeccionarlo, él mismo recorrió de cabo a rabo, cuesta a cuesta, piedra a piedra, todas las empinadas montañas

3 El Fondo Cultura Económica publicó una pequeña tirada de su traducción al castellano en 1965, reimpresa en 1980, hoy descatalogada.

de Creta, en muchos casos acompañado por pastores que medían las distancias en cigarrillos y a los que hablaba de tú a tú en su complejo dialecto local, llegando a entablar una profunda y recíproca amistad con ellos, agradeciéndoles sus servicios en el libro. Aun siendo extranjero se había hecho merecedor del respeto de aquellos aguerridos montaraces al haberles demostrado su valor en numerosas ocasiones, siendo, por ejemplo, capaz de triscar por las mismas rocas con la naturalidad de las cabras tras haberse empapado bien de *tsikoudiá*, la ubicua agua de fuego (*raki*) local. Era uno de los suyos, un *levendi*, y en un futuro muy cercano sería digno de pelear a su lado contra el invasor.

Por último, en cuanto a piedras se refiere, en 1937 emprendió la excavación sobre la meseta cretense de Lasiti del yacimiento de Karfi. Tres años después concluiría su intervención firmando una memoria de amplias miras en la que fue incluido un sensible capítulo final dedicado a la flora del paraje. Al mismo tiempo, la nube negra de los totalitarismos ya oscurecía el cielo de Europa.

En cuanto comenzó la guerra canalizó sus desbordantes energías hacia la batalla. Al margen de la lucha por la libertad, etcétera, conociendo el paño, no es nada descartable que se alistara en la reserva de oficiales como el que se enrola para una aventura. Una vez recibida la instrucción básica en un regimiento de caballería en Weedon, gracias a sus inestimables conocimientos del terreno y la lengua, en junio de 1940

fue movilizado a Heraclión bajo la mascarada de ser el vicecónsul británico. Allí, en realidad, actuó de enlace con las fuerzas del ejército griego, pero, dado que la principal división de Creta se hallaba bregando en el continente, empezó a organizar por su heterodoxa cuenta y riesgo —armar a civiles era contrario a la Convención de Ginebra— el germen de su célebre resistencia. La Villa Ariadna, antaño un remanso de paz para eruditos, se convirtió en su cuartel general, de cuyos armarios se dice —de la hagiografía pasamos a la mitología— caían fusiles y algunas antiguallas herrumbrosas usadas contra los otomanos a finales del XIX. Al parecer, durante las maniobras, al no poder garantizar los cuidados antisépticos que requería el ojo de cristal, lo dejaba sobre la mesa de su despacho, calándose un parche pirata. De esta manera, quienquiera que entrara allí para buscarle, sabría que el arqueólogo se encontraba fuera, transformado en guerrillero.

Con esta guisa de «maravilloso bucanero» le vio al comienzo de la invasión nazi Patrick Leigh Fermor, quien años después secuestraría al mismísimo general en jefe alemán de la isla, Heinrich Kreipe. Largas columnas de humo se elevaban hacia el cielo mientras el estridente picado y bombas de los Stukas obligaban a elevar la voz a los consternados miembros del Estado Mayor aliado reunidos en una cueva próxima al aeródromo de la capital. La tensión podía palparse en el viciado aire hasta que entró el capitán Pendlebury para recibir órdenes, armado hasta los dientes. ¿Dónde

podría ser más útil junto a sus partisanos, los fieros *andartes* (que «olían a sangre, carnicería y ajo, en el mejor estilo cretense», como consigna Antony Beevor en su monografía sobre la batalla.)? Y justo antes de dirigirse al frente, a petición de la concurrencia, distendió los ánimos con un sólo giro de muñeca al desenvainar con fanfarronería su inseparable bastón estoque trazando en el aire un rápido dibujo metálico al puro estilo del Zorro. Así era y así fue; poco después moriría.

Las circunstancias no están nada claras, máxime porque en Grecia, es sabido, ya desde antiguo se adereza la historia con aliños legendarios. Aun así, la versión más verosímil apunta a que fue herido en el entorno de la puerta de Janiá, al oeste de las murallas venecianas de Heraclión, siendo su cuerpo trasladado a una casa cercana donde se le trató de auxiliar. Sin embargo, al día siguiente, un grupo de alemanes dio con él y al no llevar su ensangrentado uniforme militar sino ropas de civil (si acaso no las vestía ya durante el combate, como un pintoresco lord Byron redivivo), fue ejecutado. Corría el 22 de mayo de 1941.

Sólo tenía 36 años, un tercio de los cuales se había dedicado a la arqueología sin descanso. En su tumba, sita en el camposanto militar que la Commonwealth tiene en la bahía de Suda, orientada para la eternidad hacia el mar que lo llevó hasta Creta, se yergue una lápida que recoge un elegíaco verso de Shelley: «Se ha elevado sobre la penumbra de nuestra noche».

Ahora es nuestro deseo honrar la figura de aquel hombre de acción tan leído, wikehamista, pero inclasificable como académico al uso, editando su obra. Ante la complejidad de las ruinas que iba sacando a la luz, Evans fue consciente de que debía presentarlas de la forma más comprensible a quienes las contemplasen, decidiéndose por llevar a cabo la polémica reconstrucción de algunas partes con la intención de ofrecer un vago destello de su pretérita grandeza. Mientras él se afanaba en escribir con pluma de oca los gruesos volúmenes oficiales de la excavación, encargó a otro la síntesis de las tres décadas de trabajos resumidas en el libro que tiene ante sus ojos.

Acceda al laberinto, piérdase un poco. Ariadna se marchó hace tiempo con el ovillo, pero tiene su *nueva* guía. Ábrala y lea: «El palacio permaneció desierto durante siglos, excepto por los fantasmas de su gloria difunta, que deambulaban por las escaleras vacías y enmohecidas...». Pendlebury le acompaña y habla mediante el uso cómplice de la segunda persona. Está usted en Cnosos: los mitos nunca mueren, los héroes tampoco...

Ángel Carlos Aguayo Pérez

Pausanias. Viajes arqueológicos y culturales